

**FIGURAS DE LA EXPERIENCIA AMOROSA:
ENCUENTRO, PROYECTO Y DESAMOR**

JULIA MANZANO

Dice Roland Barthes que el discurso amoroso es *de una extrema soledad*, y yo añado que es comunicable. En el momento en que el individuo se reconoce enamorado, con consciencia de sí ; a la vez se siente fuera de sí, dispuesto a darlo todo por el otro, a sacrificar, incluso, su vida por la amada, o el amado. Este reconocimiento de una situación ética ideal, en la que el “yo” enamorado se concede el derecho a ser extraordinario, le lleva a descubrir, al mismo tiempo, el encapsulamiento solipsista de su condición y la impotencia de su lenguaje. Porque el lenguaje del amor es, además, un lenguaje abandonado por los lenguajes circundantes (el de la política, las ciencias o los conocimientos, no así el de las artes) o desterrado, silenciado y evitado. Hoy y siempre el discurso amoroso va a la deriva, arrastrando consigo la paradoja de que es inactual, pero siempre presente.

¿Significa, entonces, que estamos condenados al silencio? No parece que ésta haya sido la actitud de las mujeres y los hombres, que amaron en su vida real, o que la proyectaron en el espacio ideal de la escritura. Pero, ¿hablamos de lo mismo cuando nos referimos al amor hoy, o cuando leemos los textos de otras épocas que lo tienen por objeto?, y otra pregunta más importante aún, en el contexto de este Seminario, ¿queremos expresar lo mismo cuando hablamos del amor las mujeres y los hombres?

A lo largo de este Curso sobre *Los mitos, las mujeres y el amor* hemos escuchado y aprendido muchas cosas: lo que los mitos muestran y ocultan, a la vez, sobre el amor, sus trampas y seducciones; sus satisfacciones y deliquios, en fin. Y han hablado mujeres, que han oficiado de antropólogas, literatas, psicoanalistas, etc. desde una mirada femenina. Hoy concluiremos el curso Hortensia Carrer, psicoanalista, y yo, que intentaré hacer una reflexión desde una perspectiva filosófica. La primera hablará de *Eros y Psykhé*, personajes mitológicos y arquetípicos, cuyos nombres proceden de dos términos griegos, que significan respectivamente “amor” y “alma”, cuya relación se explica porque tanto la pasión amorosa como los discursos sobre ella tienen

su lugar de asiento privilegiado en el alma. Yo prestaré más atención al tercer elemento de la terna: mitos, mujeres y amor.

Intentar seguir la trayectoria que la palabra *amor* ha sugerido en Occidente es un quehacer que implica a todos. Es un discurso hablado por miles de personas (¿quién lo sabe?), pero que seguramente nadie, en rigor sostiene, porque de suyo es intratable. Si atendemos a la etimología de la palabra *dis- curso*, significa la acción de pasar, de correr de acá para allá, “trayectorias”, “andanzas”. Y, en efecto, el discurso del enamorado consiste en un camino de “intrigas” contra o a favor de sí mismo y del otro o la otra, traducido en arrebatos de lenguaje, que sobrevienen al albur de circunstancias aleatorias.

Sin embargo, para intentar establecer un cierto orden en los discursos amorosos, voy a recurrir a unas categorías inspiradas en Hegel, llamadas **figuras**, que las adaptaré a las relaciones amorosas y me ayudarán en la difícil pretensión de una cierta sistematización.

Fenomenología del amor y del desamor

El término *Fenomenología* procede del griego: φαινόμενον (*phainómenon*, "aparición") y λόγος (*lógos*: "estudio, tratado"). Así pues, la fenomenología es la ciencia que estudia la relación entre los hechos de la experiencia (fenómenos) y el ámbito en que se hace presente esta realidad (el psiquismo o la conciencia).

Pretendo elaborar y ofrecer a ustedes una especie de “fenomenología erótica”, recorriendo diferentes momentos o *figuras* de la experiencia, que suelen aparecer en el transcurso de una relación amorosa. Entiendo el término **figuras** en un sentido similar al propuesto por Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, que las concebía como momentos del itinerario de la conciencia en su devenir, a lo largo de la historia del pensamiento. Así pues, aparecen las figuras del *amo y el esclavo*, *el estoicismo*, *la conciencia desventurada o el alma bella* romántica, etc. El paso de una figura a otra se produce por un movimiento *dialéctico*, es decir, por negación y superación del momento anterior, y por tanto era consecutiva.

Con esta fuente de inspiración hegeliana, nosotros atenderemos a una serie de **figuras** de relación erótica; pero separándome de Hegel, creo que algunas de estas figuras pueden hacer su aparición de manera simultánea, no necesariamente unas a continuación de otras. Y añadido algo más, ya que en el amor todo suele ser más complejo que el puro y abstracto devenir de la conciencia. Pienso que cada figura puede estar constituida por una *constelación* de elementos, en la que los protagonistas son siempre un “tú” y un “yo” (tanto en las relaciones hetero, como homosexuales) guiados, embebidos de sentimiento amoroso, sobre un fondo o coreografía de elementos presentes, pero secundarios.

La primera figura es la del **encuentro** o el enamoramiento. ¿Puede suceder en cualquier momento de nuestra vida y en cualquier circunstancia? Creo que no, sino cuando tenemos empuje vital suficiente para una aventura, una exploración nueva, y además suele coincidir con el sentimiento de que nuestra vida presente está agotada y queremos cambiarla por una vida más plena. Cuando alguien se enamora, empieza a recibir todo un caudal de informaciones del otro, o de la otra y de su concepción del mundo; es como un terremoto benefactor. Esta primera fase es de una extraordinaria intensidad, todo es importante, cualquier nimiedad necesita ser expuesta, todo está al desnudo. El sujeto enamorado cree incluso haber empezado a conocerse, a descubrir los múltiples aspectos del caleidoscopio que cada uno/a somos y la necesidad de que el otro/a los acepte y los integre : la forma de mirar, de llevar una conversación, de desenvolverse en la pareja o con el mundo, con los amigos o con el trabajo.

Podríamos calificar estos primeros pasos como momento ‘luminoso’ de la relación; el lado ‘oscuro’, perverso o maldito con su secuela de sufrimiento, desamparo y resentimiento aún no ha hecho su aparición. No hay temor a la utilización de los grandes conceptos (“siempre”, “nunca”), porque el sujeto enamorado cree estar en posesión de ellos y mira el mundo en derredor con estupor, porque le parece imposible que los demás se contenten con lo que son y lo que tienen. –“Antes éramos también así, no éramos auténticos, no estábamos vivos; ahora sabemos qué quiere decir vivir de verdad, es decir, vivir el amor”, se dice el sujeto en trance emocional. El amor es un ‘don’ extraordinario, tan increíble, que cuesta aceptar que nos haya sucedido a “ti “ y

a “mi”; por ello surge el pensamiento, más aún la determinación de protegerlo contra todas las adversidades, de cuidarlo y cultivarlo con esmero.

Alrededor de la figura del encuentro, ‘iluminado’ por el enamoramiento, puede producirse una encrucijada; hay mujeres y hombres que no pueden o no quieren dar el paso a la vida en común. Las razones son múltiples, difíciles de reseñar, pero intentaré encontrar algunas. El sujeto que se creyó en trance de amar siente que no está preparado para compartir la existencia con otra persona; la responsabilidad, las obligaciones y compromisos le sobrepasan. Prefiere romper la relación o probar a vivir separados, con encuentros fortuitos, ensaya la figura de **los/las amantes**. También en esta figura se multiplican las modalidades : promiscuidad sexual, aunque una pareja sea la ‘esencial’ y las demás ‘contingentes’ (como es el caso de Simone de Beauvoir y Sartre), o fidelidad de la pareja, aunque vivan en casas separadas. Las satisfacciones o desazones que una u otra situación producen nos haría entrar en una casuística aburrida, de la que deseo escapar. La **soledad**, en fin, también es una elección, en ocasiones gozosamente vivida; me viene a la memoria una afirmación al respecto, que hacíamos las jóvenes conscientes y emancipadas en los años sesenta: “el precio de la libertad es la soledad”.

Otro ramal de la encrucijada, a partir del enamoramiento, es la figura del **proyecto** común de futuro, de la vida en pareja. Desechar miedos y continuar por la que he llamado vía luminosa (o ingenua). El mundo parece más fácil de transitar si se hace el camino juntos, tomados/as de la mano. Este proyecto crea la expectativa de poder llevar a la práctica todo lo que antes era pura potencialidad, el tiempo mismo nace con el proyecto y con él la posibilidad de transformar esa parcela del mundo a la que tenemos acceso. Puede generar una actividad frenética, que puede tener una doble dirección: “hacia fuera”, como la creación de una **familia**, o la construcción de una casa (con la trampa incorporada de una hipoteca de por vida); o puede dirigirse “hacia dentro”, en la búsqueda de clausura y refugio en el seno de la pareja y en su huida del mundo (caso de los amantes inmortales Tristán e Isolda).

Detengámonos en la alternativa ‘familia’ que acompaña a la figura del proyecto. Y me refiero a la familia en todas las figuras o modalidades que actualmente pueda tener: pareja de hombres o mujeres, heterosexual u homosexual (excluyo las familias monoparentales, porque me interesa seguir

analizando lo que acontece en las parejas). En cualquiera de ellas, el nacimiento o adopción conlleva la presencia de los hijos (elementos de la *constelación*), la cual tiene efectos diversos en la vida de la pareja, dependiendo de cual haya sido el punto de partida. En tiempos pasados un amor, especialmente un matrimonio, no tenía sentido sin los hijos; tanto hombres como mujeres, consideraban que los hijos eran la expresión o la objetivación del ligamen amoroso. Pero las consecuencias para la pareja podían ser nefastas; el erotismo de los/las amantes del comienzo de la relación, loco, desinhibido, sin frenos ni disciplina, ha de dejar paso, por la presencia de los niños, a una necesidad de control, de fijar horarios. Ya no puede estallar, no puede constituirse la casa en espacio de exacerbación dionisiaca, con lo cual desaparece el entusiasmo erótico. Pudiera suceder que a partir de este momento los integrantes de la pareja no jueguen nada más que el papel de padre y madre (y es bastante frecuente que así se denominen mutuamente), y las relaciones sexuales se busquen fuera, en el espacio de la transgresión donde todavía puede funcionar el desenfreno.

Quisiera hacer ahora una digresión, que considero necesaria desde una perspectiva feminista. Recurriré a las reflexiones de Carole Pateman , en su obra, hoy ya considerada clásica, *El contrato sexual* (1988). Esta pensadora usa la categoría de *patriarcado* para sus análisis de las relaciones sociales y las aplica a su concepción del amor. En nuestro contexto actual estábamos interesados en algunas de las secuelas del amor, las *figuras* familia y proyecto. Pateman concebiría ambas figuras en los términos de *contrato sexual*, como un pacto entre hombres (o algunos hombres, delimito) sobre el cuerpo de las mujeres. Un pacto desigual, sin acuerdo previo, anterior al “contrato social”, tal como fuera pensado por Rousseau como fundamento de las sociedades humanas. Si a éste último lo consideramos el padre de la democracia moderna, hemos de constatar que fue sordo o ignorante a los problemas específicos de las mujeres. El contrato sexual es, pues, previo al contrato social en las sociedades patriarcales. Las consecuencias que el contrato sexual comporta para las mujeres es el de una pérdida muy importante de soberanía sobre sí y de sus funciones en el mundo, que lleva de suyo problemas de identidad. Ello explica la subordinación social y el desorden simbólico en que vivimos las mujeres en cualquier época histórica de dominio masculino.

Las reflexiones de esta pensadora feminista me han hecho caer en la cuenta que estoy pensando desde una perspectiva de mujeres y hombres libres e iguales, que hubiesen anulado el llamado “contrato sexual” y decidiesen amar y constituir las *figuras de la fenomenología de la experiencia amorosa* a las que estamos asistiendo. Con esta sospecha en el ánimo continuo.

Otra figura posible es la ***pareja enamorada***, en la que los dos sujetos continúan comportándose como amantes, incluso después de muchos años. El amor no es un modo de ser o de estar, sino una relación en movimiento, un devenir. Una pareja puede continuar enamorada cuando las dos personas cambian, crecen y aprenden a convivir. Porque en el espacio de la convivencia se dan situaciones ricas, en ocasiones, que generan efectos positivos : sinceridad, compenetración, respeto, aprender a ceder, compartir, ayuda mutua, ternura y compañía (el cuerpo del amado o la amada es refugio contra la intemperie del mundo). Otras veces se producen situaciones difíciles y encontradas : disensiones, desconfianzas, competencia, celos y odios. La relación es un continuo proceso de confrontación y lleva de suyo la puesta en cuestión de cada cual. El otro es el espejo, a veces devuelve una imagen amable, otras crítica, exigente casi siempre, otras extraordinariamente respetuosa. Y siempre presente un margen de incertidumbre, porque nadie puede estar absolutamente seguro de la respuesta del otro o la otra y de su amor.

La siguiente figura que propongo, insertada en el corazón mismo de una pareja, que continúa en una cierta tensión o temperatura amorosa, es la figura de la ***espera***. En ella se alteran los flujos del tiempo. Podemos distinguir en ella dos flujos simultáneos; uno que representa *lo que se espera*, y que siempre llega retrasado, porque la persona que está esperando siempre presupone lo más negativo –“Se habrá ido con otra u otro, prefiere a los amigos, estará por ahí pasándose bien, o emborrachándose para evadirse del mundo y de mí”. El otro flujo representa algo *que se está esperando*, casi siempre el abandono, y cuando finalmente éste se produce, aparece la frase triunfante y fatídica:
- “¿Ves como yo tenía razón?” La sociedad patriarcal mantenía (y aún mantiene en tantas ocasiones) a la mujer en casa, ella era siempre la que esperaba, y el hombre, que estaba casi siempre fuera, era el esperado.

Y sin necesidad de referirse a estos casos extremos, en toda pareja amorosa siempre está presente el tumulto de angustia suscitado por la espera del ser amado, sometida a la posibilidad de pequeños retrasos en citas, llamadas telefónicas, cartas o atenciones recíprocas. Hay toda una escenografía de la espera, que se intenta manipular, organizar. El primer acto es aún un *tempo* tranquilo, en el que ella o él intenta entretenerse con lecturas, trabajo o llamadas telefónicas; la demora no es aún más que una entidad matemática, se mira el reloj muchas veces. Pero en un momento determinado se pasa a la escena siguiente: se toma la decisión de 'preocuparse' y se deja vía libre al desencadenamiento de la angustia de la espera, -"Algo pasa, ya no es normal, ¿habrá una confusión en el lugar, en el día, en la hora?" La escena tercera es la de la 'urgencia': -"Ya no puedo esperar más". Surgen entonces, todas las frases imperativas y las quejas, por el día de hoy y por el de ayer, y por tantos otros días en que se recuerda y se actualiza lo insoportable del sufrimiento, su inutilidad. -"Se acabó, es la última vez". Si el esperado llega en este momento en que lo hemos expulsado de nuestra vida, ya es absolutamente irrelevante, podría muy bien no haber venido y haber dejado libre la fantasía de que era otro el esperado. Aparece ante nuestros ojos miserable, poco agraciado, ridículo en su papel, que tan mal juega, de repetir sus eternas excusas. Es el final del duelo de la espera y acaba con la muerte del amor.

El **desamor**, es la última figura del amor, "¿qué hacer para que no se transforme en una historia de terror?" (cito a una amiga). Intentar el recorrido por la otra dirección, el lado 'oscuro', la curva descendente; para tratar de encontrar en este segundo itinerario, algunas claves que permitan entender y aprender, no ya el arte de amar, sino un arte de segunda categoría considerado, tan importante, no obstante, como el primero: el arte de desenamorarse con el menor coste de sufrimiento.

La primera trayectoria del amor, cuando el enamorado encuentra al otro implica una *afirmación* inmediata : deslumbramiento, entusiasmo, exaltación, proyección ilusionada y loca en un futuro pleno. La persona enamorada está devorada por el deseo, por el impulso de tener una vida feliz, y dice "sí" a todo (cegándose). Sigue después un largo túnel, en que se realizan todas o algunas de las distintas *figuras* de la pareja amorosa. Pero el primer *sí* puede empezar

a ser carcomido por las dudas, y la propia fuerza o el valor mismo del amor empieza a ser puesto en entredicho, está continuamente amenazado de depreciación. Es el momento de la **negación**, pero no en el sentido de la “negación determinada” de Hegel, que produce saber y permite el paso a la figura de consciencia siguiente, en el devenir dialéctico de todo lo que hay ; sino que la negación del amado o de la amada es negación absoluta, oblación, sacrificio y muerte del amado. Éste queda tachado, borrado, denegado.

Pero esa negación no se produce de manera inmediata, se va abriendo camino en la consciencia de la desengañada/o amante, a través de incidentes ínfimos, rasgos tenues (un gesto, una palabra vulgar, una marca ligera de corrupción) y ese amor, que anteriormente fue vivido como pasión ascendente, se va transformando en pasión triste, *tristitia* (Spinoza), entendida por el pensador racionalista como causante de disminución del deseo. También las reflexiones de Nietzsche en torno al *resentimiento* pueden encuadrarse en este momento del chasco amoroso. La figura del **resentido/a** sirve para explicar al que se ha sometido, durante un tiempo, al deseo de dominio del otro y quiere tomarse la revancha envileciendo su conducta. Este sentimiento, premonición de ruptura definitiva con el ser amado, tiene que ver con la inversión repentina de la ‘buena imagen’ que se tenía de él, o de ella. De repente -“Siento vergüenza por el otro”. Ahora bien, la vergüenza suele proceder de la sujeción (Barthes); el otro, a merced de un incidente fútil, que sólo la perspicacia o el delirio del defraudado amante captan, aparece como sometido a una instancia que es del orden de lo ‘servil’. Aparece de pronto afanándose en complacer, en plegarse a ritos mundanos, gracias a los cuales quiere hacerse reconocer, se muestra como “animal de rebaño” (Nietzsche, de nuevo). La ‘mala imagen’ se torna una ‘imagen mezquina’.

El reconocimiento social (que valora más a los que viven en pareja que a los ‘solterones’ de uno u otro sexo), uno de los motivos fundamentales por el que muchas parejas aguantan juntas, empieza a dejar de tener su razón de ser. Entonces resuena, de manera obsesiva, el dicho popular: “Mejor solos que mal acompañados”. Y ella o él comienzan a sopesar las ventajas de la soledad, a superar los miedos que esta nueva situación puede ofrecer, sin tener que someterse a las viejas trampas (conocidas o no, con anterioridad) que han

mantenido a la pareja unida, cuando ya la cotidianeidad comenzaba a ser insoportable.

El arte de desenamorarse sin costes de sufrimiento es tarea, para algunos temperamentos, imposible; éstos gustan o padecen la tendencia o compulsión a apurar el cáliz del desamor, y lo intentan justificar con el argumento de que no apurarlo es huida y cobardía. Se quedan atrapados en la pareja, pero escenificando un duelo en el que el lugar del muerto lo ocupa el que se hace el 'dolido'. Y piensa: -"Si yo desapareciera del mundo, él o ella continuarían su vida como si nada hubiese ocurrido". La fantasía se dispara e imagina, con todo detalle, la vida de él o de ella siguiendo con la misma actividad profesional, las mismas diversiones, frecuentando a los mismos amigos, los cuales hablarían, si acaso, un rato del muerto. La figura del **dolido/a** siente, en carne propia, su contingencia existencial, ya que su pérdida sería irrelevante para el mundo. ¡Qué inmenso abismo con respecto a la situación anterior en la que el amado o amada era el ser necesario! El lamento lleva a la depresión y el círculo vicioso de la dependencia con el ex – amado, ahora vil y despiadado continúa.

La figura de la **separación** suele ser un duelo anticipado en el que se dispara la fantasía, siempre por exceso o por defecto, de las consecuencias que emanarán de ella, ya que nunca lo fantaseado coincide con lo real. Y cuando finalmente se realiza la separación, viene una etapa de sosiego en la que el individuo se siente liberado, por fin ha conseguido 'deshacerse de X'. Si la secuela inmediata es la culpa, ésta conduce a la *com-pasión* (sentir con el otro, sufrir por el otro), mala consejera y engañosa vía que mantiene el ligamen insano e intenta eximir, por una vía equivocada, de las responsabilidades contraídas en la etapa en que aún tenía sentido identificar compromiso con amor. Sin embargo, hay otros espíritus, más avisados, que no viven como culpable el necesario distanciamiento de la otra/o, cuando sienten que se ha agotado el amor. Cortar por lo sano, no identificarse con el sufrimiento del otro, es síntoma de "gran salud" (Nietzsche). Un ingrediente de esta nueva constelación del final del amor, que suele funcionar como buen consejero en estos casos, es la comodidad que supone acabar con los grandes o los

pequeños actos de renuncia que toda relación conlleva, y la ventaja de poder dejar de preocuparse por el otro y centrar la atención en uno mismo.

La nueva situación de soledad tiene altos costes para la consideración de la propia autonomía. Ahora, sin la mirada omnipresente del *voyeur*, el individuo ha de enfrentarse a su vida nueva. El factor correctivo de la mirada del otro o la otra, que proporcionaba satisfacción narcisista en los momentos ascendentes del amor, pero que en el desamor es destructivo, interventor, *panopticon* siniestro, desaparece. Estar y sentirse sola o solo en la casa obliga a una nueva distribución del tiempo. Las horas que antes faltaban para el estudio, el trabajo, los amigos y el ocio, ahora sobran, el tiempo se demora. Y en estos nuevos flujos del tiempo de la soledad ¿dónde están las cosas? Si con anterioridad ellas se situaban en el espacio amoroso, ahora habrá que reubicarlas en el ámbito de lo mundano, ¿hay que inventar una nueva periferia del sentido?

Porque tras la muerte del amor, en el después, está la palabra, y si se llega, por habilidad de escritura, a *decir* esa muerte, la palabra siguiente es revivir, que da lugar a la figura del **da capo**, vuelta al principio. Y en el principio comienza, de nuevo, la inmortal tragicomedia del amor y sus secuelas: engaños y deliquios, desamor y, de nuevo, esperanza. Así transcurre la eterna rueda de la existencia, con cada nuevo comienzo, retorno, e impredecible final, que deja la pregunta siempre abierta: ¿viviremos ese final en soledad o en compañía de un ser amado?

http://www.tindon.org/julia_manzano/ O poner el nombre en Google y sale Portal de filosofía de Julia Manzano

Barcelona, otoño 2010

